

Porque tú fuiste, sí, numen potente,
 El que inflamó al valiente
 Que revolcó al león de las Españas,
 Y el que orló con laureles la alta frente
 De la América libre é independiente,
 Pura en su gloria y grande en sus hazañas.

III.

¡ Oh poesía ! tú tienes por santuario
 El pecho de la virgen ruborosa;
 Tu culto es la belleza esplendorosa,
 Y el espacio infinito tu escenario.

Cuando requiera el pecho una esperanza
 Ó necesite el alma de consuelo,
 Tú, cual rocío, bajarás del cielo
 Á servirnos de alivio y de enseñanza.

Lánzate el siglo su anatema en vano
 ¡ Oh primavera eterna de la mente !
 Que el sér humano que te lleva siente
 Algo, como Chénier, de soberano.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Juan María Gutiérrez

(INTRODUCCIÓN A UN ESTUDIO SOBRE LITERATURA COLONIAL)

(Conclusión)

Pero al respeto de la antigua tradición literaria y al culto de los clásicos que le señalan como una excepción dentro de su época, no le llevaba sólo el espíritu de amplia y comprensiva ecuanimidad de su crítica, sino también el sentimiento, en él vivísimo, de gratitud y de veneración por el legado literario de las generaciones que, modelando en las formas de esa escuela los candorosos y tímidos ensayos de la intelectualidad de la colonia; y luego los anhelos y emociones primeras de la vida de la libertad, habían dejado á aquellas que las sucedieron, en páginas generalmente desconocidas ó desdenadas, las ejecutorias de un abolengo intelectual á cuyo esclarecimiento debía concretar el espíritu de Gutiérrez sus esfuerzos más empeñosos.

La afirmación de la realidad y la gloria de este abolengo, oscurecido en lo remoto por la ausencia de formas de publicidad y luego por la vida inestable y tumultuosa que había privado á nuestros pueblos del reposo que exige la contemplación de lo pasado, fué en efecto, inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor.

Sin que le arredraran la pesadez y la tristeza del ambiente histórico en que había de sumergirse para llevar á cabo buena parte de su tarea ni quebrantara sus bríos de investigador la impresión de hastío inevitable que fluye del contacto con las manifestaciones escritas de tiempos de enervación moral é intelectual, de decadencia ó definitiva pérdida del gusto, se aventuró en el dedalo de los documentos literarios del coloniaje, los examinó á plena luz, obtuvo de ellos revelaciones inesperadas y curiosas ó intensamente significativas con relación á la historia de las ideas y las costumbres, cuando no positivamente honrosas para la tradición literaria de nuestros pueblos, y pasó un noble ahinco en que se destacara todo aquello que significase un rasgo de espontaneidad ó atrevimiento de la inteligencia americana, levantada por su esfuerzo propio sobre la imitación

servil á que sus condiciones de cultura la condenaban y sobre las limitaciones del horizonte ideal que le era concedido.

Miembro de aquella entusiasta emigración que hizo de Chile una inmensa tribuna amurallada por los Andes de donde irradiaba la propaganda de la libertad y que llevó consigo el genio de la revolución literaria y filosófica de 1830, dejó á aquel pueblo, como en retribución de la generosa hospitalidad que había brindado á los proscritos, el hallazgo del poema épico de Oña que hoy encabeza los anales de su literatura nacional. Más tarde, en los archivos de la vieja Universidad de San Marcos, desentrañó rasgos preciosos de la cultura y la vida colonial de la ciudad de los virreyes; pero consagró, sobre todo, su actividad á la historia literaria de los pueblos del Plata y la estudió con verdadero amor, con el celo infatigable que nace de un sentimiento profundo, desde la crónica de Schmidel y el poema de Centenera, cuyas páginas despejó, en animados comentarios, del polvo secular que las oscurecía; hizo en ella notorios antecedentes de cultura y de producción intelectual olvidados que reflejaron luz sobre los periodos más opacos y estériles de la existencia colonial, como aquel en cuyo fondo hizo destacarse el noble espíritu de Neyra, insuficientemente estimado todavía é ignorado por muchos; personificación de criterio tolerante que, en los antecedentes del liberalismo argentino, precede en varias décadas á la obra de relativa emancipación respecto del absolutismo escolástico que emprende en la enseñanza Maziel, y en más de media centuria á la repercusión de las ideas del siglo dieciocho vibrante en las memorias de Belgrano y las oraciones de Funes; puso de manifiesto en la historia de los Estudios Públicos de Buenos Aires, oscurecidos en el aprecio de la posteridad por la tradición universitaria de Córdoba y Chuquisaca, timbres propios y revelaciones de espíritu liberal que los singularizan honrosamente en América; se detuvo con particular solicitud ante el movimiento de vago despertar de las energías de la mente y de diversificación de las actividades sociales que se inicia con el período gubernativo de Vértiz, cuya prestigiosa figura diseñó al par de las de Maziel y Labardén; y entregó finalmente, á la atención del historiador, en la laboriosa Bibliografía de la Imprenta de Expositos, que comentó con observaciones amenas y profundas, un guía invaluable para el estudio de la progresiva transformación de las ideas y sentimientos colectivos, desde la época que se refleja tímidamente en versos cortesanos y opúsculos de devoción hasta las manifestaciones cuantiosas y vibrantes de publicidad que los entusiasmos de la Reconquista indujeron.

Aun con más interés, y desbrazando terreno mucho más grato y generoso en estímulos, como que era el de la germinación inteligente del alma de la patria, fecundada por los vientos de la libertad, siguió los pasos de la literatura viril y militante de la época de la independencia, la estudió en sus vinculaciones con la acción y sus inspiraciones sociales, fijó en el lienzo biográfico la imagen de sus hombres, complementando la historia de los hechos guerreros y políticos con la de la actividad del pensamiento manifestada en la prensa, en la instrucción, en el libro, en las instituciones de án intelectual, y poniendo á la vista el imperio de las influencias morales, la fe profunda en la virtud de las ideas, con que los gobiernos y los publicistas de la Revolución atendieron á

estímulo las manifestaciones desinteresadas del espíritu y la adquisición de nuevos elementos de cultura en su obra de organización y propaganda.

Es lícito afirmar que una gran parte de la gloria que irradian el pensamiento escrito de esa época ha vivido sólo por él en el recuerdo y el corazón de las generaciones ulteriores.

Desde el amanecer de la inspiración laudatoria de la libertad en las canciones populares de Mayo, hasta las manifestaciones del elevado didacticismo social que reemplazó a la cuerda heroica después que ella hubo vibrado los arrobamientos del triunfo, trazó la historia de la severa poesía que coronó con luminoso nimbo la Epopeya, y la hizo amar y comprender plenamente de la posteridad; la fisonomía literaria de Luca, como las de Juan Cruz Varela y Lafinur, perpetúanse esculpidas en el mármol sin tacha de su estilo puro y sereno; el clasicismo de la literatura de la Revolución, en el que un superficial examen sólo vería observancia de rígidos preceptos y amaneramiento retórico, se nos revela, estudiado a la luz de su crítica profunda, como una fuerza de vida, como la imagen de un ideal de gloria y de grandeza moral que cooperó eficazmente a la modelación del espíritu revolucionario, vivificándolo con las inspiraciones del genio heroico y tribunicio de la antigüedad; el resplandor de ideas que circunda a la época gloriosa de Rivadavia y García, irradiando desde la prensa, la tribuna y la cátedra sobre la obra de reforma social que modificaba el viejo troquel de la colonia, tiene vivo reflejo en las semblanzas de algunos de los más señalados obreros de esa labor perdurable que epilogan el magno libro sobre la Enseñanza Superior y en el estudio de la personalidad del poeta esclarecido que acompañó con sus cantos las conquistas morales de esa época.

No es posible exhibir un título de gloria intelectual más noble y más legítimo que el adquirido de esta constante lucha empeñada por arrancar a las tinieblas del olvido originado en la ingratitud o la indolencia el testimonio de los más puros derechos de inmortalidad y de esta evocación de un capitalísimo elemento de la vida de generaciones pasadas que realizó Gutiérrez, no sólo con acierto de sagaz y profundo observador, sino también, en ciertas páginas, con verdaderas intuiciones de historiador artista, de inspirado dominador de los secretos de la narración que reproduce formas y colores.

Estéril y tedioso es el empeño de la erudición vulgar que ama la investigación por la investigación, el pasado por el pasado, el dato nimio y escondido por la sola virtud de su rareza; pero, puede señalarse como hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu, la obra afanosa del investigador que inspirándose en elevado pensamiento y guiado por la luz intuitiva que no se supe con las prolijidades de la documentación ni con la evidencia de las cosas externas, penetra en la profundidad del tiempo muerto como para restituirle su alma y acierta a reconstruir idealmente, en presencia de las mudas ruinas de lo que fué, la vida intelectual y afectiva de una generación, la fisonomía moral de una sociedad o la genialidad literaria de una época.

Iniciador en el examen de una tradición de cultura casi por completo ignorada, a la que no podían aplicarse las formas literarias de la narración ni el metódico análisis de la crítica sin antes atender a la ausencia, con que para ello se luchaba, de fundamentos

seguros y materiales organizados de investigación, hubo de consagrar forzosamente Gutiérrez a esa ingrata tarea, porfías que encaminara, de otro modo, a empresas más altas. Hay en su vasta obra muchas páginas de descarnada erudición, insistentes esfuerzos empleados en lo que tiene de más desapacible la crónica desnuda y lo que la bibliografía ofrece de más árido; pero cuando a la significación exclusivamente histórica y relativa de la personalidad o del objeto sobre que recaen sus miradas de investigador se une más alto interés, capaz de cautivar el sentimiento o la fantasía; cuando trazando la imagen de famoso polígrafo del siglo dieciocho nos hace penetrar, por ejemplo, dentro del ambiente hechizado de aquella Lima colonial que constituye una de las más romancescas perspectivas de la historia de América y surge con todos los caracteres de la vida, en el panorama de su narración, el singular aspecto de aquella sociedad en que tan extrañamente se mezclaban refinamientos bizantinos y pequeños lugareños, ingenuidades de pueblo niño y rasgos de decrepitud social, sórdidas manifestaciones de abyección y tumbres preclaros de cultura, vemos reflejarse la inspiración del verdadero y grande historiador sobre la faz del erudito, y reconocemos que había dotes en él para llevar al estudio del pasado esa poderosa visión del movimiento dramático de la realidad que lo convierte en nigromancia de la fantasía evocadora.

Era éste el campo en que se espaciaba con singular delectación y reconocía el ambiente propio de sus luces la mente de Gutiérrez. Imaginemoslo dominando más amplios materiales de información y laborando en la serenidad de una vida del todo consagrada a los desinteresados afanes del pensamiento que apenas han podido brillar en el tumulto de nuestras poco atenienses democracias como fulgores transitorios, y le veremos con fuerzas para sintetizar en vasto cuadro de la progresiva ascensión de la inteligencia americana, ansiosa de la luz, el resultado de sus investigaciones y sus críticas que hasta hoy constituyen los más notables precedentes de esa magna obra a realizarse.

Unía, en efecto, al amor y la tenacidad de la investigación prolija de los hechos que es lastre de la historia, la aptitud de la generalización y el poder del colorido; pero creía en la necesidad de cimentar ante todo, sólidamente, sobre aquél árido y seguro plantel la ciencia del pasado, y abominaba en ella los vuelos errabundos y livianos de la imaginación, las vanidosas ampulósidades de la *historia sin nombres* de que habla el autor de "La Revolución Argentina". Sobre la necesidad de imprimir a las tareas de iniciación de la historia de los pueblos de América un "carácter particularmente erudito y cronológico" que compensase, según sus palabras, la tendencia que predomina en nuestro espíritu a la vaga generalización "con las rémoras que dan pulso, y gravedad a la historia", versa una hermosa página, dirigida a Alejandro Magariños Cervantes con motivo de la publicación de su "Biblioteca Americana", que merecería preceder como luminosa exposición de criterio la colección, no verificada todavía, de los estudios históricos de su autor.

En cuanto a las apreciaciones de crítica literaria con que acompañó su exhumación de viejas obras y autores ignorados, puede censurársele cierto exceso de encomio que se justifica, sin embargo, como reacción oportuna.—Predominaba un espíritu de exagera-

da detracción respecto a las condiciones intelectuales y morales de la vida americana bajo el viejo régimen. Por otra parte, el impulso de innovación triunfante en las ideas literarias producía el desdén por los vencidos, y esto influyó para que no participaran todos los hombres de su época del sentimiento de atencioso interés por la labor y el ejemplo de sus precursores. Juan María Gutiérrez fué a veces extremo en tal sentimiento, pero esta explicable y bien inspirada benevolencia, esta generosa facilidad de entusiasmo, no impidieron que su diestra guardara casi siempre la rienda firme del buen gusto, ni que fluctuase constantemente sobre sus juicios literarios el reflejo de aquella ática sonrisa que era como el sello de su fisonomía intelectual.

Sólo nos resta señalar otro estímulo poderoso que determinó en gran parte la aplicación del pensamiento de Gutiérrez a aquellas facetas de su obra de crítico o historiador que hemos considerado, relacionándola con una tendencia universal de la erudición en su época.

El romanticismo, vivificando el sentimiento de la tradición, las inspiraciones del pasado, como seguro medio de llegar a lo más íntimo y puro del alma popular en su gloriosa empresa de nacionalizar las literaturas, llevó este mismo impulso al espíritu de investigación y despertó el amor de la crítica y la historia por el estudio tradicional de espontaneidad literaria de los pueblos.

Juan María Gutiérrez, que fué el cooperador más eficaz de los esfuerzos dedicados por el autor de "La Cautiva" a la creación de una literatura tributaria del espíritu americano y engalanada con los dones de la naturaleza propia, fué estimulado por esa fecunda aspiración a cuyo logro contribuyó productivamente con la delicada leyenda de "Caicobé", la hermosa página de idealización histórica que intituló "El Capitán de Patricios", y la pastoral criolla de "Los amores del Payador", en su afán de desentrañar del abismo de los tiempos las viejas crónicas que guardaban la repercusión de los fragores épicos de la conquista y las que reflejaban con prosaica llaneza el tedio de la larga noche colonial.

No era posible evocar los lejanos antecedentes de la producción americana en el sentido en que lo hicieran con las reliquias de arte y poesía anteriores al impulso del Renacimiento los mantenedores del espíritu romántico; la reivindicación de la individualidad literaria nacional en lucha con la abstracción del clasicismo que sacrificaba a la inflexible uniformidad de sus modelos todo relieve histórico y todo carácter de costumbres, verificábase en América sin precedentes cercanos ni remotos; pero en relación a la eficacia de la labor erudita que había de servir de sólido fundamento a la obra del poeta que interpretase los confidentes del pasado, era indispensable elemento la consideración en aquella embrionaria literatura, donde, además del testimonio histórico de hechos que podían ser inspiración de la leyenda nacional, suele reconocerse, sobreponiéndose de tarde en tarde a la falsedad de los afectos y las formas impuestas por la infecunda imitación y por la imposibilidad de un sentimiento colectivo intenso y eficiente respecto a las inspiraciones de la poesía, el fiel reflejo de las peculiaridades de la naturaleza local y la viva voz de lo que el corazón de América entrañaba.

José E. RODÓ.